

Francisco RODRIGUEZ ADRADOS. *Historia de la democracia. De Solón a nuestros días*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1997, 511 pp.

*"Los griegos están en el origen de todo,
desde ellos se llega a todas partes" (p.15)*

Siempre coherente con su trayectoria helenística, Rodríguez Adrados nos propone este nuevo libro cuyo punto de partida es la Atenas democrática de donde extrae aquellos hechos que serán rasgos comunes con otros movimientos sociales. Porque si bien la democracia ateniense fue directa, sin partidos políticos estables y con una estructuración incipiente de los tres poderes, sin embargo, está convencido de que fue la que configuró el modelo que después con paralelismos y diferencias se repitió en cada contexto histórico particular.

Para este autor, en toda democracia hay un factor inicial, una revolución contra un poder opresivo al que luego sucede una coalición, sea entre clases con el poder, sea entre elementos étnicos o sociales. Y es justamente la Atenas clásica un ejemplo. Allí comienzan a dominar los sentimientos de justicia, libertad y estabilidad que caracterizarán todo movimiento social posterior. Del mismo modo, el individualismo y la libertad de pensamiento esencialmente griegos serán la base de toda democracia que, según nuestro autor, es más que un fenómeno político: "responde a lo más profundo de la naturaleza humana".

Como tal, entonces, desde los griegos, la Democracia, con espacios de tiempos, vuelve a resurgir a veces para afianzarse en algunos países, a veces para volver a sumergirse en "procesos de revoluciones y contrarrevoluciones" que al final terminan confirmándola definitivamente.

En sus comienzos, la democracia surgió gradualmente. Solón, Clístenes, Cimón, Pericles, Demóstenes y los demás contribuyeron a ella. Rodríguez Adrados, que encara este estudio con una visión más bien histórica que literaria o de pensamiento, presenta el libro estructurado en dos partes.

La primera se circunscribe a la Atenas Clásica. En la segunda extiende su mirada al resto de los países y hace un seguimiento hasta la actualidad.

Cinco capítulos conforman la primera parte.

El primero presenta a la Atenas predemocrática, con sus enfrentamientos sociales resultado de una aristocracia en decadencia, de la desaparición gradual de las monarquías, de un sector del pueblo enriquecido y, en fin, de un reclamo generalizado de mayor participación de todos en los asuntos de gobierno. Es la época de la afirmación de la polis como unidad que busca superar las diferencias internas a través de corrientes reformistas apoyadas en legisladores que plantean una nueva constitución.

Rodríguez Adrados se vale de los escritos de Solón para rescatar aquellas palabras e ideas que serán claves para la democracia posterior: libertad, justicia (como equilibrio, como proporción defendida por los dioses para luego cargarse de sentido igualitario) y *eunomía* entendida como 'buen gobierno' que propone un mutuo respeto entre clases. Lo contrario, el abuso y la injusticia, trae el castigo divino.

El segundo capítulo comprueba cómo, a pesar de las leyes de Solón, la lucha entre familias aristocráticas continúa y trae como consecuencia las tiranías. Clístenes, protagonista de este capítulo, reforma la constitución de Solón desplazando la organización gentilicia. Asegura con su *isonomía* legal un régimen en donde el pueblo tiene el control y avanza un grado más en lo que será, luego, la democracia.

En el tercer capítulo nos recuerda las marchas y contramarchas que se suscitaron durante los cuarenta y seis años, entre la Constitución de Clístenes y la Reforma de Efiltes, cuando, a pesar de los permanentes conflictos entre nobles y pueblo, el temor a las tiranías y a la guerra exterior aseguraba la estabilidad. Nos presenta por turno cada

una de las figuras que se destacaron no sólo como políticos sino también como estrategas.

El cuarto capítulo continúa con este seguimiento y coloca en primer plano a Pericles como político y como figura clave en la consolidación de la democracia.

Finalmente, el último capítulo de esta 'primera parte detalla las presiones externas e internas que prepararon el terreno donde crecieron los males de toda la democracia: ambición, demagogia, utilización de las instituciones con fines políticos y personales, corrupción, etc.

Nos relata el gradual debilitamiento de la democracia que, según el autor, se sostuvo mientras duró el juego entre ésta y el imperialismo. Apoyar o no la guerra dividió a Atenas en dos partidos que fueron resquebrajando la conciliación de las clases, origen y base de toda democracia.

Una a una va dando las causas de esta decadencia. El abuso de la clase política, de los tribunales, del mismo pueblo trajo consigo el desprecio por las leyes, la apatía y el descreimiento. Esta actitud fue creciendo a lo largo de toda la guerra del Peloponeso y produjo como consecuencia la reinstauración de las monarquías, no ya micénicas sino helenísticas.

"La democracia hubo de esperar a otros lugares,
a otras edades, para resurgir" (p.190)

En la segunda parte del libro, el autor extiende su estudio a otros países con el objeto de comparar los procesos que condujeron a la democracia y las diferencias y semejanzas con la Atenas anteriormente descrita. Comprueba que con variantes o no, aún así se pueden llegar a esquematizar pasos obligados que recorren los diferentes pueblos para llegar a lo mismo.

Coloca, en el capítulo séptimo, como primer ejemplo a Roma que, como Atenas, fue un experimento transitorio que sentó precedentes para el futuro. Al igual que Atenas tuvo orígenes similares, un enfrentamiento entre dos clases y una política imperialista. Sin embargo,

nunca tuvo una asamblea y el poder estuvo siempre reducido a una oligarquía. Con Roma se establece definitivamente el sistema democrático-republicano que junto con la monarquía serán los que hallaremos a lo largo de la historia mundial.

Continúa con la formación de las ciudades-estado europeas que surgieron de un deseo semejante al ateniense: liberarse de un poder opresivo (en este caso el feudal). Sin embargo, sucumbieron por las luchas intestinas y acabaron en oligarquías o sometidas a potencias extranjeras. Para Rodríguez Adrados el aporte de ésta época es que se comienza a hablar de la política como de un valor autónomo.

También analiza brevemente las comunidades de Castilla, que constituyen un paso intermedio entre una rebelión espontánea como las que nos ha venido describiendo hasta ahora, y la francesa que describirá después. Según nuestro autor no fructificó como movimiento comunero, pero adelantó movimiento posteriores.

Con el mismo detalle estudia la democracia inglesa, y revela aquellos hechos que hicieron que ésta resultara un modelo nuevo: una monarquía constitucional con un representante estable, el rey y dos cámaras.

A pesar de las semejanzas entre la democracia inglesa y la norteamericana, el autor destaca diferencias fundamentales cuando estudia ésta última: era una colonia que se enfrentaba al amo, tenía sustento ideológico previo, influencia de la filosofía de la ilustración, y creó un estado resultado de trece estados. Frente a la monarquía constitucional inglesa, Norteamérica creó el modelo de la república presidencialista.

El capítulo octavo se centra en la revolución francesa, que se nos presenta fuertemente ideologizada, violenta, que no logró conciliación después de un movimiento revolucionario sino que el mismo ideologismo impidió todo acuerdo y generó contrarrevoluciones (aporte nuevo en el camino hacia la democracia). Nuestro autor demuestra que esta "dictadura popular" constituye un puente entre el modelo griego y el marxista-leninista. De alguna manera, fue un anticipo de lo que luego sería el socialismo y el marxismo.

En el mismo capítulo considera en diferentes países la dinámica que ha seguido el proceso democrático y sus variantes respecto del modelo clásico. Abarca desde la fundación de los socialismos hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial, que actúa como un corte en el progreso de la democracia de fines y comienzos de siglo. Nos muestra los resurgimientos aislados y temporarios del proceso en toda Europa y algunos países americanos entre la Primera y Segunda Guerra Mundial y los que se produjeron posteriormente. Si bien estas guerras actuaron como impedimentos en la evolución natural de la democracia, de todos modos el autor rescata la fuerza integradora de ésta que poco antes de la Segunda Guerra ya había logrado un acomodo gradual entre las distintas ideologías.

Finalmente trata en detalle la historia española de los siglos XIX y XX. Testigo de una España fragmentada, busca las causas originales de esa división tradicional. Las dos mitades de España separadas por la revolución, la contrarrevolución y la guerra, se unen al fin con el triunfo de la monarquía restaurada por Don Juan Carlos y, a pesar de la resaca nacionalista y la autonomista (País Vasco - Cataluña), logran su inserción en la democracia.

Concluye que la democracia en la actualidad está en plena expansión y ha quedado como único modelo viable. Gradualmente se ha ido imponiendo como fenómeno universal a pesar de excepciones como el comunismo asiático y el cubano, los fundamentalismos y algunos regímenes personalistas. El deseo de autogobierno es inevitable y aparece como una constante humana que funciona de modo semejante en situaciones paralelas y, cada país, antes o después, llega a ella.

Como en la Atenas clásica, la democracia actual sufre de males que la desgastan: corrupción, discrepancia entre la igualdad legal y la económica, representatividad relativa de los políticos. A ellos se suman también causas externas como la globalización de la economía y el uniformismo a escala mundial sobre un modelo americano que deteriora las economías y esencias nacionales y culturales.

Lejos de todo pesimismo, el autor nos recuerda que la democracia, si bien es crisis, es crisis controlada, por eso nos propone

una serie de recursos para evitar su derrumbe. La democracia debería, además contar con técnicos que conocieran e interpretaran las experiencias de la democracia ateniense. De este modo, se podría comprender más profundamente la vida política del mundo posterior y mejorar su funcionamiento, porque este sistema, para Rodríguez Adrados, con sus problemas y dificultades, de todos modos, sigue siendo la única esperanza.

María Cristina Silventi